

Sección Libros

La democracia en el Perú de los años 80 y el «fujimorismo».

Reseña crítica de algunas publicaciones peruanas recientes

Martín Tanaka

Martín Tanaka: Sociólogo de la Universidad Católica del Perú; maestro en Ciencias Sociales por FLACSO - México; investigador afiliado al Instituto de Estudios Peruanos - IEP, Lima.

Palabras clave: representación política, crisis de partidos, fujimorismo, Perú.

En los últimos años, las ciencias sociales peruanas han tenido una interesante producción buscando dar cuenta de la crisis de representación que afecta, especialmente en la década de los 90, las relaciones entre Estado, política y sociedad; década en la que dejan de ser relevantes prácticamente la totalidad de los actores políticos centrales de décadas anteriores. En esta reseña damos cuenta de algunas publicaciones peruanas recientes que se ocupan de esta problemática, con énfasis en la evaluación de la democracia peruana de los años 80, el «fujimorismo» y sus relaciones recíprocas, de modo de poder conceptualizar las continuidades y los cambios ocurridos. Finalmente, nos preguntamos de qué manera se estarían redefiniendo las relaciones entre sociedad, Estado y política en la actualidad en el Perú, y por algunas de sus consecuencias¹.

Sobre las causas del colapso

En la elección presidencial de 1980, la suma de los votos obtenidos por Acción Popular, la izquierda, el Partido Aprista Peruano y el Partido Popular Cristiano, alcanzó el 96,5% del total de votos válidos; en las elecciones municipales de 1980 y 1983, el 92,7% y 93,5%, respectivamente; en la presidencial de 1985, el 97%; en las municipales de 1986, el 93,2%; pero en las municipales de 1989, el porcentaje cae a 71,5%; en las presidenciales de 1990, a 57,9%; en las municipales de 1993, a 33,3%²; y en la presidencial de 1995, alcanza apenas el 6,32%. Observando la dinámica política actual, tendremos que concluir que la tendencia, lejos de revertirse, parece consolidarse y hacerse definitiva: los actores políticos principales de la década de los 80 desempeñan hoy roles secundarios, si no han

¹ No hace mucho publicamos una reseña bibliográfica sobre la crisis de representación política en el Perú, donde consideramos otros textos también publicados en esta década; v. M. Tanaka: «La crisis de representación de la sociedad peruana y la importancia en el análisis del 'plano individual'. Una revisión crítica de alguna literatura de la primera mitad de los noventa» en *Estudios Sociológicos* XIII/38, 5-8/1995, México.

² Datos tomados de F. Tuesta: *Perú político en cifras. Elite política y elecciones*, Fundación Friedrich Ebert, 2ª ed. (aumentada, actualizada y corregida), Lima, 1994.

alcanzado su desaparición definitiva. ¿Cómo es que se llegó a este estrepitoso colapso del sistema de partidos?

Resulta muy interesante la lectura de las opiniones y evaluaciones de los propios actores políticos sobre lo sucedido³. Dada la magnitud de la crisis de los partidos «tradicionales», uno quizá esperaría una suerte de duro ejercicio autocrítico, reconociendo errores, una especie de aprendizaje retrospectivo, en el cual los actores señalaran con claridad qué de aquello que fue hecho resultó un error, y por lo tanto debió ser evitado. Sin embargo, en líneas generales, lo que encontramos es un significativo silencio al respecto, y en ocasiones, la autocrítica principal parece ser el no haber asumido con mayor fuerza las decisiones que en su momento se tomaron: al final uno se queda con la impresión de que si la historia se repitiera, tal vez lo haría exactamente de la misma manera⁴.

¿Incapacidad de aprendizaje?, ¿ceguera?, ¿irresponsabilidad? Ciertamente existe y es posible hacer este tipo de lectura de los acontecimientos. Ella aparece asociada tanto a los hoy vinculados al fujimorismo como a los vinculados con los partidos de los 80, cuando se asume un tono autocrítico: se enfatiza de diversas formas la incapacidad de los actores. Ya sea por falta de responsabilidad o de lucidez, por falta de escrúpulos o de habilidad, diversos límites en los actores estarían detrás del descalabro del sistema de partidos⁵.

En general, desconfiamos de este tipo de análisis, sin negar en absoluto que aludan a fenómenos reales, los cuales ciertamente ocupan algún lugar en la explicación del colapso. Pero no el preponderante. Pese a la cantidad de anécdotas que se puedan registrar (una más sorprendente y escandalosa que otra), sobre la irresponsabilidad de los actores políticos principales de la década pasada, no tenemos por qué suponer que los niveles de incompetencia e irresponsabilidad de las elites peruanas estén muy por encima de la media latinoamericana, pero sólo en el Perú se ha llegado a unos niveles de crisis de representación en los cuales prácticamente toda una clase política ha caído en desgracia y empieza a ser sustituida por otra.

Quizá convenga preguntarse por las lógicas existentes en los actores, por el tipo de interacciones establecidas entre ellos, tratando de entender por qué no se pudieron remontar los problemas y cómo se llegó al desenlace final. En este sentido, a manera de hipótesis estamos ante un conjunto de actores políticos que,

³ V. al respecto, *Socialismo y Participación* N° 73, 3/1996, dedicada al tema: «Los partidos políticos y la construcción de la democracia»; v. tb. *Cuestión de Estado* N° 8-9, 1994.

⁴ V. las entrevistas a Javier Diez Canseco, líder del Partido Unificado Mariateguista, y a Enrique Bernalles, líder del Partido Socialista Revolucionario; ambos tuvieron importante participación en los años 80 como parlamentarios y miembros de Izquierda Unida; en *Cuestión de Estado* N° 8-9; v. tb. las intervenciones del mismo Diez Canseco, de Javier Tantaléan (jefe del Instituto Nacional de Planificación durante el gobierno aprista) y de Lourdes Flores (líder del Partido Popular Cristiano desde la segunda mitad de los 80), en *Socialismo y Participación* N° 73; tan interesante como lo que dicen es aquello que omiten en declaraciones y textos.

buscando maximizar el logro de sus respectivos objetivos, dada la estructura de relación existente entre ellos y el contexto en el que se ubicaban, terminaron generando un resultado agregado desastroso para todos. En otras palabras, creemos que la explicación del colapso no está tanto en alguna forma de irracionalidad de los actores, sino más bien en los resultados producidos por la interacción de sus racionalidades particulares.

Así, en el Perú de los 80 tenemos un sistema de partidos (o proto sistema), en proceso de constitución, basado en agrupaciones débiles, sumamente polarizado (el legado del gobierno militar de los años 70 es de alta movilización social), en un contexto de aguda precariedad estatal, y enfrentado a enormes desafíos: de un lado, una crisis económica que implicaba (hoy lo sabemos) el agotamiento de todo un paradigma de desarrollo vigente hasta entonces; y de otro, la presencia de movimientos terroristas que dio lugar a una situación de guerra interna, que agudizó las distancias ideológicas, y dificultó el desarrollo de estrategias de compromiso entre los actores. Todo ello hizo que tendieran a desarrollarse lógicas no cooperativas, que los términos de la competencia política se hicieran más duros, y que la ideologización de los actores progresivamente desatendiera a un electorado medio con tendencia a ser cada vez más escéptico, en medio del dramático agravamiento de la crisis en todas sus dimensiones, de las alternativas existentes al interior del sistema político. Del desencuentro entre la lógica del elector medio y los partidos es que se produce el vacío de representación que permite la aparición de los *outsiders*. En base a estos elementos es que la dinámica que conduce al colapso final del sistema de partidos empieza a hacerse inteligible.

Tal como lo señala la teoría de los juegos, si los actores se hallan presos en una estructura de interacción que conduce a un resultado catastrófico, hay dos maneras básicas de cambiar la historia: la primera surge de los propios actores, que modifican el tipo de relación establecido como producto de la repetición de sus intercambios, de la densidad de sus relaciones, desarrollándose vínculos de confianza, dando lugar a conductas más cooperativas; en el caso peruano no hubo oportunidad para este tipo de salida. Empezó a darse, quizá, recién hacia 1991 y 1992, cuando los partidos empezaron a gestar mecanismos de concertación en tanto oposición a Fujimori. Pero ya era demasiado tarde.

La segunda manera de cambiar las cosas es la salida *hobbesiana*: en una situación de emergencia, un actor, por encima de todos los demás, recompone las reglas de juego, de manera autoritaria. En la medida en que la primera salida no se produjo, se dio la segunda, por medio del *shock* de agosto de 1990, y posteriormente con el «auto-golpe» de abril de 1992. En el nuevo orden, los partidos protagonistas de la dinámica política de los 80 quedaron fuera de lugar.

Los ensayos sobre el colapso del sistema de partidos en las publicaciones citadas incluyen también algunos particularmente interesantes, pues provienen de personajes vinculados a la vez al ámbito académico de las ciencias políticas y a la

política partidaria⁶. Dicha intersección da cuenta de la notoria yuxtaposición entre ambos planos presente en el Perú. Ella podría eventualmente dar lugar a una rica retroalimentación, donde la experiencia política enriquezca el análisis académico, y que esta perspectiva le diera mayor nivel a la práctica política; sin embargo, lo contrario también puede producirse: consideraciones académicas pueden tornar ineficaz la acción política, y esta puede reducir lo académico a la mera justificación de las opciones tomadas en ese terreno. En general, creemos que en este juego de posibilidades, ha ganado más la política que la academia: es decir, los científicos sociales resultaron ser buenos políticos, pero dicha experiencia no se ha traducido en análisis más ricos y rigurosos. Quizá esto último no sea posible una vez tomado un alto grado de compromiso político público⁷. En todo caso, está pendiente todavía en el Perú un balance de las relaciones entre el proceso político y las ciencias sociales, entre las opciones políticas tomadas y las lecturas hechas de la realidad. Estas últimas resultan incomprensibles sin las primeras.

La democracia de los 80 y el fujimorismo

En el marco de la yuxtaposición entre los planos político y académico, encontramos también como problema el analizar los fenómenos políticos desde posiciones respecto del fujimorismo tomadas hoy. Así, evaluar de este modo la democracia de los 80 tiende a distorsionar la imagen del pasado, ya sea de parte de los «fujimoristas», quienes ven en los 80 la sucesión y acumulación de todos los males, y en los 90 la historia de una progresiva redención; como por parte de los «antifujimoristas», quienes por el contrario ven en la actualidad una dictadura embozada, y en la década pasada un proceso conflictivo, pero con posibilidades de constituir a la larga un sistema de partidos y lograr la consolidación de un régimen constitucional⁸.

Hay una tendencia dentro de las ciencias sociales peruanas que consiste en referirse al gobierno de Fujimori con cierto tono de «denuncia». Allí se subraya el autoritarismo y la arbitrariedad de parte del presidente y su entorno inmediato, el funcionamiento no sólo no institucional, sino en ocasiones *anti* institucional del régimen, un manejo fundamentalista de las recetas neoliberales, todo ello basado en el amparo brindado por los «poderes fácticos» nacionales y transnacionales, así como en una relación plebiscitaria con la sociedad. Todo lo señalado es cierto, sin duda, y ciertamente no está demás recordarlo ante quienes pretenden soslayarlo. Sin embargo, el problema se presenta cuando esta evaluación deja de

⁶ V. por ej. las entrevistas a Henry Pease y Enrique Bernaldes en *Cuestión de Estado* N° 8-9; y los textos ya mencionados de Guerra y Bernaldes en *Socialismo y Participación* N° 73.

⁷ Revisando por ejemplo la entrevista y ensayo de Enrique Bernaldes ya citados, encontramos interesante su análisis sobre el funcionamiento del Parlamento, resultado de su amplia experiencia como congresista. Sin embargo, también es notorio una suerte de discurso autojustificadorio de sus opciones políticas.

⁸ Respecto a esto último, se suele citar a manera de ejemplo los acuerdos logrados entre los principales partidos políticos de oposición para aprobar algunos decretos legislativos dados por el gobierno de Fujimori y para cuestionar otros, relativos al tema de pacificación y estrategia antisubversiva, hacia fines de 1991 y el periodo previo al «autogolpe» de abril de 1992.

percibir otras evidencias también presentes pero más ambiguas, y cuando los diagnósticos tienden a distorsionar los análisis de otros procesos y fenómenos.

Por ejemplo, esto sucede cuando se pretende contrastar el régimen de Fujimori con una democracia plenamente consolidada. Establecida la evaluación de esta manera, evidentemente, el régimen actual quedará mal parado. Sin embargo, quizá tal enfoque no resulte el más útil para entender su funcionamiento, el proceso por el cual se alcanza la situación actual, y también la manera como habría que buscar caminos conducentes hacia mayores y mejores niveles de democracia e institucionalización. A nuestro juicio estos problemas se presentan en el libro, por demás interesante, de Grompone y Mejía. Así por ejemplo, al diagnosticar el actual desapego de la sociedad respecto de la política, señalan que:

Los gobiernos populista y liberal han logrado que la sociedad se desatienda de la política. El primero, sin proponérselo y como consecuencia de sus errores. El segundo, como un objetivo *cuidadosamente definido y ejecutado* (p. 25, e. m.).

¿Cuidadosamente definido y ejecutado? Parece exagerado. Esta suerte de «tono denuncia» va de la mano con la comparación entre el régimen de Fujimori y un modelo muy idealizado de lo que debe ser una democracia representativa plena. Así, respecto a los partidos políticos en los últimos años:

(Fujimori sataniza y no deja que aparezcan en la actualidad) otros signos de reconocimiento de los partidos: la construcción de identidades ciudadanas, el debate de proyectos nacionales, los procesos de incorporación a la vida pública compartiendo una idea de país como construcción colectiva de personas de distinta procedencia social y cultural, la compleja pero positiva relación con el proceso de democratización de la sociedad (p. 42).

Este tipo de evaluación es injusto, ya que el rol asignado a las agrupaciones políticas no sólo es difícil de registrar en la historia peruana⁹, sino que en todo el mundo la vida de los partidos se aleja crecientemente del ideal liberal. Uno de los problemas de esta versión idealizada es que conduce también a una visión ideal de las vías de solución. Desde una perspectiva representativa clásica liberal, la clave de la solución frente a un gobierno autoritario está en una sociedad civil fuerte, capaz de contrarrestar los excesos del poder y posibilitar el equilibrio político.

Si estamos accediendo al terreno de la política restringida, en comparación con lo ocurrido en décadas anteriores, las alternativas son: aceptar las reglas del mercado y del ejercicio del poder por las elites como la racionalidad impuesta o procurar el fortalecimiento de la sociedad civil (p. 37).

Se está construyendo una sociedad civil basada en las redes familiares, locales, de parentesco, de trabajo y en ocasiones gremiales, en las cuales las personas organizan su vida cotidiana, piensan en el orden deseado, combinan iniciativas individuales y grupales, y

⁹ Una visión crítica del funcionamiento de los partidos en los 80 en el Perú puede verse en Nicolás Lynch: «Los partidos políticos como objeto válido de estudio en el Perú actual» en *Socialismo y Participación* N° 73.

emprenden una activa construcción institucional. La decadencia de las mediaciones tradicionales impide advertir este espacio público disperso que se está formando (p. 109).

A nuestro juicio se sobrevaloran las experiencias mencionadas en la medida en que el esquema analítico (acaso en el fondo, su apuesta política) parece requerirlo, ya que no es posible, en base al análisis de las mismas, llegar a considerar estas formas asociativas como nuevas bases de vinculación institucional entre sociedad y política. Grompone mismo, en otros textos, ha llamado la atención sobre la debilidad de los actores sociales y las escasas posibilidades de constituir intereses sociales, como veremos más adelante. Estamos a nuestro juicio más ante una apuesta a futuro que ante realidades concretas.

¿Cómo evaluar entonces al fujimorismo? Más apropiado nos parece juzgarlo en relación con el proceso político del cual es resultado: el colapso del sistema producido entre fines de los 80 y comienzos de los 90. Ubicado el «fenómeno Fujimori» en relación a su pasado precedente, puede llegar a verse más equilibradamente su dinámica y características; qué elementos constituyen continuidades y cambios, y cuáles avances o retrocesos. Podremos además entender el por qué del respaldo popular y social a Fujimori¹⁰, y eventualmente, plantear sobre bases más realistas las posibles salidas democratizadoras.

Desde este ángulo, puede descubrirse un panorama muy complejo en las relaciones entre los 80 y el fujimorismo. En este sentido, resultan muy interesantes un par de ensayos recientes. En primer lugar el de Julio Cotler, quien analiza el proceso político peruano desde la transición a la democracia (1978-80) hasta poco antes de las elecciones de 1995 en las que Fujimori logra ser reelecto con más del 64% de los votos. Este ensayo forma parte de un libro en el que se compilan algunos de sus trabajos escritos en los últimos 30 años, que en más de una ocasión se trata de verdaderos «clásicos» dentro de las ciencias sociales peruanas¹¹. El texto analiza el fujimorismo en relación con la democracia de los 80, caracterizándola así:

¹⁰ Es grande la tentación el contrastar el gobierno de Fujimori con una visión ideal de la democracia, antes que con el proceso político precedente. En este sentido es significativo que el mismo problema se presente en el por demás interesante texto de Catherine Conaghan, que se ocupa de la región andina en general: «Democracy that matters: the search for authenticity, legitimacy, and civic competence in the Andes» en *Working paper*, The Helen Kellogg Institute for International Studies, University of Notre Dame, 1994. Justamente, en la discusión del texto de la autora (reseñado por Volker Frank y Charles Kenney: «Democracy in the Americas: approaching the year 2000. A rapporteurs' report» en *Working paper*, The Helen Kellogg Institute for International Studies, University of Notre Dame, 1994) se hace la pregunta del por qué mientras los académicos tienden a ser críticos, la población tiende a apoyar a Fujimori. Se trata de dos formas de evaluación distintos. Uno, desde un esquema analítico; el otro, desde la experiencia inmediata anterior.

¹¹ Julio Cotler: «Crisis política, *outsiders* y autoritarismo plebiscitario: el fujimorismo» en *Política y sociedad en el Perú. Cambios y continuidades*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1994. En este libro está incluido por ejemplo el ensayo «La mecánica de la dominación interna y del cambio social», escrito en 1967; resulta sorprendente cómo en muchos aspectos dicho texto mantiene su

...las normas liberales del flamante régimen constitucional se vieron opacadas por el legado político (el régimen de dominación patrimonial), en un contexto de recomposición y movilización social. En la medida en que los partidos mantuvieron incólumes las estructuras, las prácticas y los estilos patrimoniales y corporativos, la distribución segmentaria de los recursos públicos a manera de prebendas se sumó a las nuevas y apremiantes condiciones internacionales para agravar las exclusiones y los antagonismos entre las fragmentadas identidades políticas y sociales. Esto debilitó, aún más, al Estado y desgastó a los partidos y a las organizaciones sociales, hechos que favorecieron la preeminencia militar (pp. 176-177).

Esta lógica de funcionamiento daría cuenta del posterior colapso del «sistema» de partidos y la aparición y desarrollo del «fujimorismo». Fujimori se legitima por su eficacia enfrentando los dos principales problemas del país: la hiperinflación y el terrorismo. Como resultado de la lectura del periodo 1980-1995, podemos llegar a una contrastación más equilibrada tanto del pasado como del presente. Según Cotler:

El autoritarismo plebiscitario del fujimorismo guarda un marcado aire de familia con el patrimonialismo político sustentado por el sistema presidencialista que representaron Belaúnde y García. ...Sin embargo, saltan a la vista las diferencias. Estas parten de las condiciones en que dichos regímenes se han desenvuelto y de la eficacia que tuvieron las decisiones tomadas por sus representantes ... una coalición de poder centrada personalmente en Fujimori, cuyo margen de hegemonía no tiene precedentes en la historia del país, logró atacar y resolver de manera eficaz, mediante métodos tecnocráticos y autoritarios, los problemas que afrontaba el Perú (p. 221-222).

El otro ensayo, en un registro similar al de Cotler, es el de Panfichi y Sanborn¹². Los autores parten de marcar las continuidades:

... la pregunta de fondo es si esta situación –confirmada con la reelección de Fujimori en abril de 1995– representa una verdadera 'nueva época' en la política peruana. Observando al gobierno y al Estado, pensamos que esto no es así, ya que se han mantenido formas de hacer política propias de ciclos anteriores. Se mantiene el poder centralizado en el Ejecutivo y el uso arbitrario de ello, sin fiscalización efectiva de otros poderes del Estado o canales de mediación sostenidas con la sociedad civil ...Igual ocurre con el estilo político personalista y la forma populista de relacionarse con las masas... (p. 11).

A continuación marcan las diferencias, por lo cual, para caracterizar al fujimorismo, recurren al término «neopopulismo». Las novedades estarían en la creciente importancia de los independientes en la política, en los profundos cambios en las formas de acción social y política de la población (analizables mejor por medio de un enfoque de «redes» antes que de actores de clase o movimientos sociales), y la creciente importancia política de los medios de comunicación.

vigencia. Ello muestra la agudeza de la mirada del autor y también, desgraciadamente, lo poco que ha cambiado el Perú en algunos de sus problemas más profundos.

¹² Aldo Panfichi y Cynthia Sanborn: «Liberal authoritarianism: a balance of Fujimori's government» , XIX Congreso LASA, Washington, 9/1995. Una versión ligeramente modificada de este texto se publicó en Lima en la revista Márgenes. Las referencias son tomadas del texto presentado en LASA.

Los ensayos de Cotler y de Panfichi y Sanborn interesan ante todo por su aproximación, basada en el examen de los procesos políticos concretos. Como resultado de ello, el fujimorismo no aparece ni como una «refundación» ni como una simple dictadura amparada en la fuerza y la imposición: hay un panorama más complejo de continuidades y cambios, avances y retrocesos. Ahora bien, estos trabajos, si bien poseen muchas de sus virtudes también adolecen de algunas de las limitaciones del género ensayístico; es decir, otorgan visiones de conjunto, de gran capacidad sugestiva, pero se extraña un tratamiento más fino de algunas coyunturas especialmente interesantes del periodo estudiado, así como un análisis más denso en términos teóricos. La necesidad de llevar a cabo investigaciones sistemáticas sobre el periodo comentado sigue siendo muy grande. En realidad, la desproporción entre la riqueza de los fenómenos políticos peruanos y los trabajos producidos por su comunidad académica sigue siendo enorme.

Otro texto interesante para entender la crisis de representación política en el Perú de los últimos años es el libro de Fernando Tuesta, que se ocupa también del período 1978-95¹³. Comparado con los ensayos recién comentados, este libro de Tuesta gana en su mayor densidad teórica, empleando las herramientas del análisis institucionalista; pero pierde en otro, debido justamente a la relativa desatención del proceso político en el cual operan las instituciones políticas.

Tuesta se centra en el análisis de las características del sistema partidario, del sistema electoral y del régimen político, intentando dar cuenta del peso de estos factores en la dinámica del colapso del sistema de partidos. Tuesta caracteriza al sistema de partidos en el Perú de los 80 como de «pluralismo extremo y polarizado», siguiendo las categorías de Sartori. Sus características principales serían: existencia de cuatro partidos importantes (AP, PAP, PPC e IU); partidos anti-sistema importantes y determinantes (Sendero Luminoso y el MRTA); oposiciones bilaterales (incompatibles, por tanto no se formaron bloques de oposición); centro político ocupado, pero por partidos no necesariamente de centro; distancias ideológicas máximas entre los partidos; mayor importancia de tendencias centrífugas sobre las centrípetas; alta ideologización social; presencia de posiciones semi-irresponsables al interior de los partidos ubicados entre la periferia y el centro; presencia de políticas de superofertas o de promesas excesivas.

Según el autor, la combinación entre este sistema de partidos y las instituciones políticas existentes darían cuenta del colapso:

Se dio una combinación de elementos institucionales: fuerte presidencialismo, con un parlamento ineficaz; leyes electorales benevolentes que permiten la proliferación de candidaturas y partidos, así como la doble postulación a la Presidencia y al Parlamento; un sistema electoral incoherente (doble vuelta electoral que exagera y polariza la lucha política, distorsión de la representación por medio de las circunscripciones electorales,

¹³ Fernando Tuesta: *Sistema de partidos políticos en el Perú: 1978-1995*, Fundación Friedrich Ebert, Lima, 1995.

carencia de ley de partidos políticos y de financiamiento de campañas electorales y partidos políticos). A estos elementos se sumó el hecho de que los partidos no hicieran lo posible por establecer términos de competencia que permitieran cambiar esa tendencia. De esta manera, el recrudecimiento de la crisis económica y la violencia política a partir de 1988 posibilitó el colapso del sistema de partidos primero, y el de la democracia constitucional después (pp. 128-129).

Si bien Tuesta llama la atención sobre aspectos por lo general soslayados en los análisis, la incidencia de las variables institucionales no son suficientemente contrastadas con los procesos políticos. Justamente, ellos permiten explicar por qué sólo en las elecciones de 1990 ciertos rasgos del sistema electoral aparecen como relevantes para explicar el derrumbe del sistema de partidos (p.e., proliferación de candidaturas, doble postulación). Es decir, en los años anteriores, con el mismo marco institucional, no se presentaron los problemas que aparecerían después. Si bien Tuesta señala como clave el contexto de crisis y violencia a partir de 1988, habría sido interesante que explorara con detenimiento las relaciones entre la institucionalidad y los procesos políticos: ¿cómo se condicionan?, ¿cómo interactúan las intenciones de los políticos que diseñan las instituciones y sus resultados concretos?, ¿qué elementos y de qué manera inciden en la relevancia política de los arreglos institucionales? Tuesta organiza su libro de manera muy descriptiva, antes que arriesgar hipótesis sobre estas y otras preguntas. En todo caso, este volumen constituye en la práctica la introducción al medio peruano de una perspectiva de análisis sumamente interesante y que debe seguir sin duda siendo desarrollada¹⁴.

¿Nueva relación entre sociedad y política?

Ahora bien, desaparecidos los partidos políticos «tradicionales», y producida una enorme crisis de representación, ¿cómo se redefinen los vínculos entre sociedad y política? Hemos marcado nuestra desconfianza respecto de evaluar el fujimorismo contrastándolo con un modelo de representación liberal «clásico». En este sentido, puede resultar de interés la consulta de algunos textos compilados por Julio Cotler en el libro publicado por el Instituto de Estudios Peruanos a propósito de sus treinta años de actividad¹⁵. El ensayo de Grompone, «El incierto futuro de los partidos políticos», llama la atención sobre el hecho de que:

En los últimos años hemos asistido a procesos de articulación de nuevos actores a través de redes económicas, familiares y culturales, flexibles institucionalmente, que sólo invaden

¹⁴ Uno de los temas que extrañamos en el libro y que resulta fundamental es por ejemplo la evaluación para el caso peruano de las virtudes y límites de los regímenes parlamentarios y presidenciales. Sobre esta discusión, v. Juan Linz y Arturo Valenzuela (eds.): *The failure of presidential democracy*, vol. 1 y 2, John Hopkins University Press Baltimore; en el segundo volumen, referido a América Latina, hay un ensayo sobre el caso peruano hecho por Cynthia McClintock: «Presidents, messiahs, and constitutional breakdowns in Peru». De otro lado, v. de Scott Mainwaring y Matthew Shugart: «Juan J. Linz: presidencialismo y democracia (una revisión crítica)» en *Foro Internacional* XXXIII/4, 10-12/1993, El Colegio de México, México.

¹⁵ Julio Cotler (ed.): *Perú 1964-1994. Economía, sociedad y política*, IEP, Lima, 1995. En este libro aparecen ensayos referidos a las áreas de economía, sociedad, política y cultura e identidad nacional.

ocasionalmente la escena pública haciendo sentir sus opiniones, *si bien de modo decisivo como ha ocurrido en los últimos procesos electorales* (p.189, e. m.).

El texto de Grompone evalúa la crisis de los partidos políticos «tradicionales» en función de los problemas que tienen para representar esta nueva dinámica social. Nuestro énfasis justamente quiere resaltar que la «sociedad civil» en recomposición sólo se expresa en forma *ocasional*, aunque de maneras *decisivas* en algunas coyunturas, principal, pero no solamente electorales. En todo caso, no dentro de los cánones de esquemas clásicos de representación. La nueva dinámica representativa transitaría por otros rumbos.

¿Por qué no pensar, como lo parece sugerir Grompone en otro texto citado más arriba, que nuevos actores podrían reconstituir las relaciones entre sociedad y política? En el libro del que nos ocupamos aquí podemos encontrar elementos de juicio para fundamentar nuestro escepticismo. Los ensayos de Cecilia Blondet y Martín Tanaka, se ocupan precisamente de dos de estos «nuevos actores», las mujeres y los jóvenes, respectivamente¹⁶. Simplificando los argumentos de los autores: si bien tanto mujeres como jóvenes gozan de un inédito y extenso protagonismo en la vida social, por el contrario muestran una enorme desmovilización y debilidad como *movimientos*, tanto por los efectos disgregadores de la crisis económica y la violencia política, como también por la crisis de los «grupos de apoyo» (Estado, partidos, ONGs) que los alentaban y en gran medida permitían su constitución.

Este interesante dualismo entre la debilidad de los grupos sociales en tanto *movimientos* y su protagonismo en tanto *temática* (no hay movimiento fuerte de mujeres o jóvenes pero sí hay una gran centralidad de los problemas de género y de juventud) quizá nos brinde algunas claves de respuesta a la pregunta por la recomposición de las relaciones entre sociedad y Estado en el Perú de los 90.

Por el momento, presentamos algunas pistas que merecerían una exploración sistemática. Un elemento decisivo para entender estos cambios es la evolución hacia una política de asuntos dejando atrás una basada en actores. En todo caso, éstos podrían tener relevancia sólo si aparecen detrás de aquéllos. Los mecanismos de intermediación tradicionales, basados en partidos, estarían dando paso a formas de acceso a lo público canalizadas por los medios masivos, donde justamente se ventilan los diversos asuntos públicos, desplazando la centralidad del Parlamento como espacio privilegiado de construcción de sentidos políticos. Ciertamente estamos ante formas de relación más «frías» entre sociedad y política que en el pasado, pero también más en consonancia con la dinámica del mundo contemporáneo. No es puro deterioro de los vínculos entre sociedad, política y Estado, en la medida en que la consolidación de la arena electoral y del espacio público hacen que los gobiernos tengan que responder a las expectativas y

¹⁶ V. de Cecilia Blondet: «El movimiento de mujeres en el Perú, 1960-1990»; y de M. Tanaka: «Jóvenes: actores sociales y cambio generacional. De la acción colectiva al protagonismo individual» en J. Cotler (ed.), ob. cit.

eventuales demandas sociales, y no sólo en los contextos específicamente electorales.

Se ha tendido a enfatizar en los análisis de la realidad peruana de los últimos años, y ciertamente con justicia, la idea de la desestructuración social y de la crisis de representación política. Sin embargo, parece haber llegado la hora de volver a mirar la realidad buscando los procesos de reestructuración social, y las nuevas formas de relación entre sociedad y política. El que no aparezcan como antes o que aquello que se perfila no sea de nuestro agrado no debería ser impedimento para ver con una mirada desprejuiciada lo nuevo¹⁷.

En el contexto actual de relativa estabilidad y de repliegue estatal respecto de la política económica, la política y el Estado dejan de tener la centralidad propia de Estados intervencionistas, con lo que la aparente mano invisible del mercado y las energías que la propia sociedad pueda desplegar pasan a ser lo más importante. La política, de otro lado, se internacionaliza y globaliza crecientemente, con lo que ambas esferas tienden a autonomizarse. Y ello no necesariamente es negativo, y tampoco implica un total repliegue de la sociedad sobre sí misma. Analizando la dinámica política del fujimorismo en los últimos años, encontramos que pese a la impotencia de la oposición, ha habido elecciones bastante competidas (p. e. el referéndum de octubre de 1993, en el que se aprobó por 52,3% contra 47,7% la nueva Constitución; o las municipales de 1993 y 1995, en donde los candidatos auspiciados por Fujimori fueron derrotados); así como a determinadas reacciones de la opinión pública sobre temas sensibles, acompañadas por la movilización de algunos sectores, han logrado hacer retroceder en alguna medida al gobierno: la investigación de casos de corrupción y violaciones a los derechos humanos, o la manera como se realizaron algunos programas de privatizaciones y sistemas de accionariado difundido.

Claro que esto sucede sólo cuando la sociedad o algunos sectores perciben que se trata de temas relevantes... y como hemos señalado, éstos son muchos menos que antes, quedando una muy amplia franja de temas trascendentes dirimidos sin más por el uso de la fuerza que otorga el poder estatal, la coalición que lo sustenta, y la mayoría parlamentaria.

Todas estas cosas estarían así detrás del enigmático «fenómeno Fujimori». Frente al caos y la ingobernabilidad en el que se encontraba el Perú en los primeros años de los 90, encontramos hoy sin duda avances espectaculares. Sin embargo, el gran déficit sigue estando en la construcción institucional: hasta ahora, todo o casi todo se juega alrededor de la persona de Alberto Fujimori. Y sobre esas bases no pueden plantearse esquemas duraderos. Sin embargo, lo que sí creemos que está definitivamente para quedarse, más allá de la figura de Fujimori, es el tipo de

¹⁷ Romeo Grompone, en «Representación política, partidos y escenarios futuros» en *Socialismo y Participación* N° 73, discute la pregunta de si estaríamos en el Perú ante una *crisis* de representación, o ante *nuevas* formas de representación. El autor se inclina por lo primero. Nosotros por lo segundo. En todo caso, la discusión presentada por Grompone es muy interesante.

vinculación entre sociedad y política cristalizado durante sus años de presidente (y los que le queden). No olvidemos que el fujimorismo a estas alturas ha marcado ya de manera definitiva el horizonte y la experiencia de todos los jóvenes peruanos.